

¿RENACIMIENTO?

Por Homero R. Saltalamacchia

A principio de los sesenta el debate sobre el cientificismo marcó la culminación de una floreciente actividad de investigación y creación intelectual. Desde 1966 las dictaduras arrasaron con aquellas instituciones; y cuando ellas llegaron a su fin, los herederos de esa destrucción casi nunca pudieron o quisieron conseguir la restauración de aquella incorruptible vocación institucionalizada.

Es cierto que revertir ese proceso no es sólo cuestión de gobiernos, pero ello sería imposible sin el apoyo e impulso que desde los gobiernos pueda provenir ¿Estamos en la línea de largada de una carrera que tendrá sentido inverso? Puede ser. Al menos ciertas acciones gubernamentales parecen un buen augurio. Pero, para no repetir antiguos errores, el debate sobre el cómo hacerlo debe incluir a todos los interesados.

Es en ese contexto que cobra importancia la discusión generada por las opiniones del ministro Lino Barañao sobre: qué es “creación científica”, cuál es su importancia en la consolidación de un proyecto nacional y cuáles las condiciones en que ella puede afianzarse resguardando, en toda su dimensión, la compleja gama de diferencias e interrelaciones que son propias de la producción científico tecnológica (ver [Página 12 del 01/07/08](#)).

Pero, para que la generalización del debate sea factible es indispensable: 1) que todos los medios de comunicación asuman su responsabilidad y abran el necesario espacio para las diferentes contribuciones sobre esos temas, tal como lo está haciendo este periódico y 2) que los participantes no mezclen, en un solo discurso, aspectos que, si bien se relacionan entre sí, requieren de abordajes específicos para evitar que la superficialidad impida una verdadera creación colectiva.

Es cierto que una opinión que ponga en duda la científicidad de alguna(s) disciplina(s) (como, en este debate, es el caso de las ciencias sociales) tiene consecuencias institucionales sobre las comunidades que las cultivan y es eso lo que produjo manifiestas preocupaciones. Pero, insisto, en una reflexión colectiva no es adecuado mezclar todos los temas que pudiesen relacionarse entre sí. Por ejemplo, puedo estar en

todo de acuerdo con lo expresado por Rubén Dry (Página 12; 28/01/08), pero no me parece oportuno evadir el tema central incorporando otros.

Teniendo en cuenta cuál fue el origen de esta discusión, rehuir un debate bien fundado sobre lo afirmado por el Ministro podría confirmar nuestra incapacidad para reflexionar sobre las exigencias metodológicas de cualquier investigación; discusión que supone, al mismo tiempo, dilucidar la relación entre teoría y método, reflexionar sobre la unicidad o no de los métodos y hasta recapacitar sobre el mismo significado de la palabra. Esa es la razón por la que me limitaré a comentar el pasaje de aquel reportaje que fuera el detonante principal de la discusión.

En dicho reportaje el ministro Lino Barañao afirmó: “(...) *este cambio que queremos dar exige la participación activa de áreas humanísticas, desde la filosofía tradicional hasta la lingüística o la antropología. Pero a mí me gustaría ver un cierto cambio metodológico; estoy tan acostumbrado a la verificación empírica de lo que digo, que a veces los trabajos en ciencias sociales me parecen teología. –Esto va a provocar un gran debate... –Creo que no hay un motivo por el cual las áreas humanísticas deban prescindir de la metodología que usan otras áreas de las ciencias*”.

¿Son defendibles las frases que he subrayado? Todo depende de especificaciones que requieren de una reflexión mucho más extensa. Ciertamente no hay **una** metodología común a todas las ciencias tal como fuese postulado en las ya obsoletas producciones de los filósofos de los Círculos de Berlín y de Viena (a los que normalmente se atribuye el apelativo de positivistas) y aún de otros epistemólogos como Popper. Si el Ministro es aún presa de dichas versiones su opinión debe ser discutida y, por ende, enfrentadas sus consecuencias institucionales. Pero ¿es eso lo que el Ministro piensa?, ¿es esa posición la que guiará la construcción institucional que impulsará su gestión?

Considero que aquellas afirmaciones deben ser leídas como parte de un reportaje breve. Por lo que sería oportuno que el Ministro especificase y cualificase su pensamiento al respecto. Si lo hiciese, todo sería más claro y ello haría posible una polémica que hace décadas que en la Argentina no se produce en forma sistemática.

Polémica substancial al menos por dos razones: 1) lo que está en juego son representaciones sobre lo que es la ciencia y sus relaciones con el método 2) y sus conclusiones habrán de repercutir sobre las jerarquías relativas que el ministerio atribuya a las diferentes ciencias. Dadas esas consecuencias, lo que cabe es un debate cuyo principal producto sea evitar que dicho ministerio nazca con defectos de origen.

En los últimos cuarenta o cincuenta años, mucho es lo que fuera de la Argentina se ha avanzado, desde muy diversas disciplinas, sobre distintos aspectos que, combinados, permiten comprender mejor la actividad cognitiva. Recuperar el tiempo perdido es incorporar esos aportes a la discusión colectiva sobre los desafíos metodológicos de la investigación. Trabajo de gran utilidad, pues permitirá comprender la necesidad de las ciencias humanas, ya que los avances antes indicados demuestran cual es el grado de complejidad que caracteriza a cualquier estudio sobre lo humano, incluyendo en ello el efecto no deseado de los avances científico tecnológicos.

Al mismo tiempo, será reconociendo dicha complejidad que, por ejemplo, podremos discutir sobre la opinión del ministro respecto a las menores necesidades presupuestarias de las investigaciones en ciencias sociales. Opinión que me parece sumamente contradictoria con su aspiración respecto a la seriedad metodológica de las ciencias sobre lo humano. Habiendo estudiado lo metodológico desde hace tiempo estoy convencido sobre la necesidad de inversiones que estén a la altura de la suprema complejidad de los objetos de las ciencias sociales.

Eso es lo que debemos discutir. Pero, para hacerlo honestamente, los representantes de las ciencias sociales debemos asumir que, por razones sobre las que debemos indagar, la mayoría de las publicaciones que producimos no pasan de ser: 1) ensayos con un mayor o menor grado de ilustración o 2) investigaciones que no indican cómo se produjeron datos y conclusiones. ¿Requerirlo demuestra “ser positivista”? En absoluto. Cualquier constructivista requeriría esa información y nadie podría sugerir que el constructivismo es positivista. Por el contrario, dado que todo es “de acuerdo al cristal con que se mira”, informar sobre el cristal utilizado (esto es, sobre los métodos y técnicas puestos en juego) es requisito indispensable. Si esa información falta es imposible reconocer si los datos son elegidos o percibidos según los prejuicios acríticos del escritor o son el producto de una cuidadosa tarea investigativa.

En el marco de los anteriores argumentos sintetizaría mi opinión afirmando:

- 1) La creación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología podría ser el anuncio de un renacimiento.
- 2) Pero en su formación no puede relegarse a un segundo plano el trabajo en ciencias sobre lo humano, pues nada de lo creado por las otras ciencias puede ser pensado con independencia de sus orígenes y contextos sociales y de los impactos que sus productos han de tener sobre todos los seres humanos. Interdependencia que crea un sistema complejo de interacciones que sólo pueden enfrentarse mediante equipos en los que las

ciencias sociales estén bien representadas (sin ir muy lejos, la imperiosa necesidad de las ciencias humanas está hoy demostrada por la inmensamente retrazada capacidad de reacción social frente al cambio ambiental).

3) Al mismo tiempo, para que las ciencias humanas estén a la altura de esa responsabilidad se requiere un cambio radical en la formación y hábitos intelectuales de la mayor parte de sus cultores. Salir del mero ensayismo o de “investigaciones” realizadas con metodologías poco elaboradas, implica realizar ese esfuerzo. Una vez realizado, será desde la autoridad que provenga de su concreción que se puede luchar contra el pensamiento instituido en casi todas las agencias encargadas de la promoción científica. Superación que es importante pues ello implica asumir colectivamente que las ciencias físicas y naturales (así como sus derivaciones tecnológicas) son creadas por humanos y es en los seres humanos que tienen sus receptores.

Homero R. Saltalamacchia. Dr. en Ciencia Política. Metodólogo. Profesor/investigador de la Universidad de Tres de Febrero.

ACILBUPER - Revista de Ciencias Sociales – <http://acilbuper.com.ar>